

**José Ignacio Tellechea Idígoras**  
*In Memoriam*





*EL PROYECTO DE VIDA DE JOSÉ IGNACIO TELLECHEA:  
ORA ET LABORA*

*Cuando un Amigo se va  
queda en el alma un vacío  
que no lo puede llenar  
la llegada de otro Amigo...*

El 8 de marzo pasado, a punto de cumplir los 80 años, se apagó la vida de uno de los grandes hombres de la cultura vasca contemporánea. El lema que durante los últimos años le movió y le ayudó a superar numerosos momentos de dolor y trance, “*en Tus manos mi suerte*”, le acompañó hasta el final en la confianza de que culminaba así el ciclo vital que tenía marcado.

Nacido en la Plaza de Gipuzkoa de San Sebastián el 13 de abril de 1928, de madre guipuzcoana (de Zumárraga), sus hondas raíces navarras por vía paterna, a las que nunca renunció, le llevaron a vivir, sin embargo, largas temporadas en Ituren, pueblo del Valle de San Esteban de Lerín, donde hoy reposa junto a sus padres.

Su compromiso religioso le llevó a ordenarse sacerdote en la Catedral del Buen Pastor de San Sebastián el 29 de junio de 1951, tras concluir sus estudios eclesiásticos en los Seminarios de Vergara (1940) y Vitoria (1941-1951), gracias a la Beca concedida por la Diputación guipuzcoana, a la que siempre estuvo José Ignacio agradecido. Debió surgir en Vitoria su vocación histórica, como asistente de su Biblioteca de Filosofía (lo que le permitió tener a su disposición decenas de miles de libros y más de 150 revistas europeas en plena época de la posguerra), pudiendo, ya ordenado, estudiar en la Escuela de Diplomática del Vaticano, doctorarse en la Universidad Gregoriana de Roma, en la Facultad de Teología (Medalla de Oro) y licenciarse también en ella en Historia de la Iglesia, así como en Filosofía y Letras (Premio extraordinario) por la Universidad Complutense de Madrid.

Y va a ser la doble faceta docente e investigadora, en el campo de la Historia, la que va a caracterizar la vida de José Ignacio. Becario de la Fundación Juan March (2 veces), fue profesor reconocido en los Seminarios de San Sebastián (1956-1970, donde llegó a ser rector) e Hispanoamericano de Madrid (1957-1966), y en las Facultades de Teología de Vitoria (1969-1993) y en la de la Universidad de Salamanca (como catedrático desde 1966 hasta su jubilación en 1998), dejó siempre una honda impronta en unos alumnos que le recuerdan con respeto por sus profundos conocimientos, su claridad expositiva y su cercano trato.

Pero es su faceta investigadora la más generalmente reconocida, tal es el número y calidad de su obra escrita. Especialista en el mundo Moderno, no rehusó adentrarse en el medioevo hispano ni aún en la época Contemporánea. Sus más de 100 libros y centenares de artículos son el resultado de su afán por dar a conocer lo que su contacto directo con las fuentes le fue descubriendo en los archivos más importantes e insospechados fondos donde “echaba la caña” para pescar algo...

Sus numerosas estancias en Roma consultando sus Bibliotecas (Vallicelliana, Casanatense, Vaticana) y Archivos (Vaticano o Secreto del Santo Oficio), en Salamanca (el Archivo de Unamuno), o en Madrid (Real Academia de la Historia, Archivo Histórico Nacional o Biblioteca Nacional), y su paso por Simancas (Archivo General) camino a Salamanca, o por París (Archivo y Biblioteca Nacionales), le permitió afrontar temas de gran calado y siempre inéditos que le darían la proyección internacional de que gozaba.

En ese afán de recuperar el pasado han sido muchos los personajes y temas que José Ignacio fue dando a luz a lo largo de los años, ayudado de su gran capacidad por trasladarse a otras épocas y revivir en persona los acontecimientos narrados. Bartolomé de Carranza, Miguel de Molinos, Juan de Valdés, Teodoro de Ameyden, Manuel de Larramendi, Catalina de Erauso, San Francisco Javier y, sobre todo, su Ignacio de Loyola (“*solo y a pie*”), traducido a más de 7 idiomas, proyectando la figura del Santo vasco en todo el mundo... son sólo algunos ejemplos, pero muy significativos, de la capacidad intelectual y buena pluma de José Ignacio.

El tema epistolar (de Echegaray, Peñaflorida, Bastera, Grandmontagne, Salaverría, Rogoyos, Zuloaga, Unamuno o el Cardenal Reginaldo Pole) y vasco (Anclas de Hernani, La otra cara de la Invencible, Corsarios guipuzcoanos, Santiaguistas guipuzcoanos...), su participación en homenajes a diversas personalidades propias (Caro Baroja, Padre Donostia, Justo Gárate, Oreiza, Zubiri...) y foráneas (Wincke, Jedin, Bataillon, De Luca, Rogger...), y, última-

mente, las relaciones de Felipe II con el Papado, desde Roma y Simancas, ocuparon asimismo gran parte de su vida.

Conferenciante exquisito, en un tiempo no siempre proclive a temas históricos, tanto en suelo patrio como en Europa e Hispanoamérica (en Roma, Oxford, Turín, Bologna, Nápoles, Tours, Augsburgo, Buenos Aires, Puerto Rico, México, San Sebastián, Bilbao, Vitoria, Pamplona, Burgos, Zaragoza, Valladolid, Oviedo, Salamanca, Zamora, Cáceres, Badajoz, Sevilla, Córdoba, Toledo, Valencia, Cuenca, Segovia, Soria, Málaga, Santander, etc.), supo dedicar aún así buena parte de su tiempo a la creación, impulso y desarrollo de instituciones culturales de gran calado en nuestro entorno.

Así, fue perito del Episcopado español para el Concilio Vaticano II; miembro de la Comisión de Gobierno y Reforma de la Universidad de Salamanca (nombrado por Roma en 1970); formó parte activa del Patronato de la *Fundación Universitaria Española* (FUE), siendo hasta su muerte Director de su *Seminario de Teología “Suárez”* y, por ello, responsable directo de la Colección *Espirituales Españoles*; fundó en la Universidad de Salamanca la *Fundación Pía no autónoma* destinada a estudiar la figura de Carranza con la publicación de la Colección *“Tiempos Recios”*, y fue también Director de su Revista *“Salmanticensis”* (1971-1974) y vocal de la misma, así como también de *“Diálogo Ecuménico”*, *“Revista Española de Teología”* y *“Archivo Italiano di Storia della pietá”*; fue miembro fundador y Director, asimismo hasta su muerte, del *Grupo Doctor Camino de Historia Donostiarra*, impulsando la publicación de numerosas monografías y 41 números de un *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*, rescatando la Historia de una ciudad que apenas tiene documentación histórica; y, finalmente, fue miembro muy querido de la *Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, de cuyo Consejo Rector formó parte durante muchos años y cuyo *“Boletín”* dirigió los últimos años de su vida..., *Boletín* que hoy quiere reconocer y agradecer públicamente su entrega y esfuerzo.

Designado Obispo de Bilbao en 1994 (cargo que renunció), varias han sido las Instituciones que han reconocido su trayectoria profesional y humana. *Académico correspondiente* más antiguo de la Real Academia de la Historia en Guipúzcoa (desde 1982), *Premio “Manuel Lecuona”* de Eusko Ikaskuntza (en 2001), *“Medalla de Oro”* de Andoain (por el redescubrimiento del padre Larramendi), e *“Hijo Adoptivo”* de Miranda de Arga (cuna del Arzobispo Carranza), *“Miembro de Honor”* del Instituto de la Renaissance (Tours) y de la Academia de San Carlo (Milán), su libertad de acción y pensamiento, sin embargo, le han privado, sin duda, de otros premios y reconocimientos para los que tenía más que suficientes merecimientos.

Muchos fuimos los que nos despedimos de José Ignacio en 1980, al aquejarle una muy grave enfermedad, y muchos los que aún esperábamos que su naturaleza superase el nuevo trance. Su sentida muerte, sin embargo, ha hecho que hayan sido y sean hoy muchas también las muestras de dolor que van llegando a la familia de José Ignacio, reconociendo la “*simpatía y buen humor*” de su persona, “*la calidad y rigor*” de su obra, y, en suma, “*el privilegio de haber sido su amigo*”. Expresiones todas que nosotros compartimos.

Pero si algo queremos destacar de José Ignacio es, sobre todo, su calidad humana... pues es eso lo que llega al alma... En ese sentido, José Ignacio, que “*prefirió vivir entre muertos ilustres que entre vivos vulgares*” (en palabras del Arzobispo de Valencia, Monseñor Olaechea), fue, y así le recordaremos muchos, un Hombre Bueno. No es de extrañar que gozara de la especial amistad del Papa blanco Juan XXIII y del Papa negro Pedro de Arrupe. Sus visitas sorpresivas y siempre amenas, su apoyo personal y espiritual en “*tiempos recios*”, su amor..., en suma, fue regalo generoso de su mano que nos acompañó en el camino incierto que es la vida..., y alentó e impulsó a más de un joven historiador a romper con el miedo de ver su nombre por primera vez en letra impresa...

No es de extrañar, pues, tampoco que hoy goce de especial recuerdo y cariño de quienes le conocimos. La creación de la *Fundación “José Ignacio Tellechea”* que hoy se impulsa, dirigida por su discípulo Xoan Manuel Neira, con objeto de *buscar la verdad a través de las fuentes documentales, la indagación de la historia y la reflexión profunda*, mantendrá, sin duda, viva su memoria.

Haciendo nuestras las palabras que Gregorio Monreal escribiera en el elogio de la figura de Luis Miguel Díez de Salazar Fernández, mi marido, amigo entrañable de José Ignacio,

*“los que presenciamos el discurrir inexorable de su enfermedad no podemos suscribir aquello de que ante un trance de ese calado un hombre termina siendo una caricatura de sí mismo. Porque hay ocasiones en que, a la hora de hacer frente al más temible de los eventos, se despliegan y magnifican las mejores cualidades y aparecen recónditas energías que permiten asumir con una impresionante dignidad el destino que un hombre... nunca parece merecer...”*

Desde esta atalaya que es la Secretaría del *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, en el que tanto colaboró y el que durante tantos años dirigió, en el que hemos recogido las primeras muestras de dolor y afecto por su ausencia, así como la relación de la magna obra de José Ignacio, y cuyo próximo número 2008-2, por acuerdo unánime de su Consejo Rector,

dedicaremos íntegramente a su persona, nuestro más vivo y entrañable recuerdo para José Ignacio. En su ausencia compartiremos el pensamiento de L.E. Boudakian: “*No llores porque las cosas hayan terminado..., sonríe porque hayan existido...*”.

Goian Bego

*M<sup>a</sup> Rosa Ayerbe*  
Secretaria del Boletín de la RSBAP

### *EL ÚLTIMO ADIÓS A TELLECHEA*

Sí, mi último adiós, en esta tierra en la que quedamos un poco más huérfanos sin ti, querido Ignacio, pero con la esperanza del reencuentro y del abrazo final en el Padre, al que tú habrás llegado ya.

Tierra vasca, tierra universal, a la que tanto has dado, has sembrado mucho y bien; si aplicables son para los cristianos las perícopas evangélicas de "los talentos" y del Hijo del Hombre que pasó haciendo el bien, creo, que tú tienes ahí alguna parte, escudriñada la trayectoria de una vida de cerca de 80 años, a cumplir el 13 de abril, próximo.

Revestido con la casulla que cosió tu madre para tu Primera Misa de Ordenación Sacerdotal te he visto en el tanatorio, horas antes de salir para Ituren (Navarra), donde, en tierra muda, reposarán tus restos, al lado de tus seres queridos. La serenidad de tu rostro refleja esa serenidad de una vida cumplida. Si cada uno muere según ha vivido, tu muerte ha sido tranquila, sosegada, sin queja, sin reproche, tras un largo proceso que te fue debilitando, desde aquel dichoso herpes hasta las sucesivas complicaciones. ¿Qué tal Ignacio?, a la pregunta, la respuesta inmediata era, ¡bien, bien! y en seguida, cuando estabas con ánimo. Muchas veces, surgía esa hermosa e inteligente conversación que tanto te caracterizaba, era un placer escucharte, contabas lo que se debe contar, la esencia y el meollo de los hechos, sin descalificaciones, hechos vividos, hechos de verdad. Esa verdad que, a veces, es incómoda, que se tiende a obviar y maquillar. En el homenaje que te tributó la Bascongada, de la mano de Juan Ignacio de Uría y Rosa S. Zuloaga, en Loyola y Zumaia, el pasado 18 de noviembre de 2006, el año centenario de tu querido tío Joxe de Arteche, dije que habías sido un hombre libre, libre de tantas hipotecas y enredos de esta sociedad y del mundo, libre en tu pen-

samiento, en tus actos, en tus juicios, en tus proyectos. Te movía la verdad de las cosas, esa verdad que debe buscar el historiador y el hombre de ciencia, la honestidad intelectual. Dije, y lo sostengo, que esa libertad se paga, es cara, ir por el mundo con esa bandera es costoso, pero ¡tan gratificante!

En este día de despedida, quisiera, a mi juicio, resaltar aquellos aspectos de tu personalidad que juzgo imprescindibles subrayar.

Tellechea hombre de Iglesia. Fiel hasta el final a la Madre Iglesia y a su servicio. Me consta el bien espiritual que has hecho a tantas y tantas personas que a ti se acercaron, con tu consejo, con tu escucha, y, sobre todo, con tu obra escrita. Sin detallar toda tu labor en el Seminario de Vitoria y desde tu Cátedra de Historia de la Iglesia en la Universidad Pontificia de Salamanca, tu labor magistral ha sido rescatar las grandes figuras de la Iglesia del siglo XVI, los místicos, y sobre todo, la enorme figura del Arzobispo Carranza (¿ qué te habrá dicho cuando te lo hayas cruzado por ahí arriba?). La monumental obra que nos legas sobre Bartolomé de Carranza, que tiene hoy continuidad en un discípulo tuyo, que te ha visitado con asiduidad, merece el mayor elogio. Recuerdo, en una de nuestras habituales pláticas, aquí en mi despacho de la Bascongada, que me contabas que fue el Dr. Marañón quien te ofreció ese campo de investigación. Marañón que vio en ti madera de historiador ejemplar y, que sé, por testimonio de su hijo, que en el corazón de don Gregorio pocas personas tuvieron el privilegio de anidar, entre ellas tú, con entrada personal y de confianza en el domicilio del ilustre médico. Ese Marañón que te llevó, muy temprano, a la Real Academia de la Historia. Del siglo XVI-XVII son la preciosas biografías que dedicaste a nuestros mártires gipuzkoanos en Nagasaki, Domingo de Erquicia y Miguel de Aozaraza.

La Compañía de Jesús siempre te estará agradecida por la biografía que sobre Íñigo de Loyola, "Ignacio de Loyola, solo y a pie", escribiste hace ya años, puesta a punto en la convalecencia, verdadero de milagro, de la enfermedad que te dejó en la antesela de la muerte, 1981-82. "Tapices de la Memoria", voluminosa obra, conserva, maravillosamente escrita, tu vida y tus recuerdos hospitalarios. Esa biografía de Loyola, traducida a tantos idiomas, entre ellos al euskera por el inolvidable Pedro Berrondo, leída, comentada y valorada por las más altas dignidades eclesiásticas, entre ellas los Pontífices Juan Pablo II y el actual Benedicto XVI, ha producido muchos frutos espirituales. Muchos, equivocadamente, pensaban que eras jesuita, ya sé que nunca te desagradó esa confusión, tu amor por Ignacio está bien impreso en tu nombre de pila que subrayabas firmando el José con una J inicial y punto, y el Ignacio con todas sus letras. Tu amor por la Compañía nos ha dejado tu reciente y última biografía sobre el santo navarro, Javier.





Homenaje a José Ignacio Tellechea, por José María Urkia, como Presidente de la RSBAP (2006)

Hombre de Iglesia, de ello podrán hablar, con mucha más autoridad que yo, Monseñor Setién, compañero tuyo en los estudios en Roma y, sobre todo, tu entrañable, incondicional y fraternal José Sebastián Laboa (G.B.), el Nuncio. Ambos, en un precioso libro tuyo, uno más, acompañasteis a Juan XXIII, cuando era Patriarca de Venecia, a un viaje suyo por España, y "Estuvo entre nosotros", es el relato de su estancia, también, en el País Vasco. No quiero terminar este apartado sin referirme a Miguel de Molinos y su "Guía espiritual", tan querida por ti, y editada, y a don Joaquín Goicoecheaundia, maestro de vida espiritual, tu confesor tantos años. Me quedo, pues, Ignacio, con tu calidad de hombre espiritual, sin remilgos, pero de hondura.

Tellechea historiador. No es exagerado decir que Tellechea es uno de los mejores historiadores que ha dado esta tierra nuestra. Historiador de raza, riguroso, con una capacidad extraordinaria de separar el grano de la paja, de ofrecer lo esencial, con un olfato especial para encontrar y tratar los temas más interesantes. Buscador incansable en los archivos nacionales y Vaticanos, con una producción editorial inmensa. Este "Boletín" de la Bascongada, 2008-1, y de la mano de Joseba Goñi y Rosa Aierbe, publica, actualizada, toda la obra

escrita de Tellechea. Une a lo anterior la amenidad de su escritura, sin perder rigor, y además, la brillantez expositiva, pocos oradores tan elegantes en su dicción y en su presentación de datos y hechos.

El País Vasco es deudor, entre otras cosas, de la presentación rigurosa de la obra de Larramendi, el jesuita andoaindarra, del XVIII. La ciudad de San Sebastián no puede dejar en olvido su contribución a la historia donostiarra con el "Instituto Dr. Camino de Historia Donostiarra" y el "Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián". Su ciudad natal le debe un homenaje y el recuerdo imborrable, con su nombre, en una calle o en una plaza de esta ciudad a la que tanto ha servido. ¿Y Gipuzkoa?, muy especialmente "La Provincia", le debe también el mayor reconocimiento que pueda darse a la vida y a la obra de un hombre como Tellechea que se sentía profundamente gipuzkoano.

Tellechea Amigo del País. La Bascongada ha quedado especialmente huérfana con la pérdida de nuestro Amigo. Ha sido, y es, referencia indiscutible en la Sociedad de Amigos del País. Incorporado a ella en los tiempos de Álvaro del Valle, en la década de los años 1960, ha pertenecido a su Junta Rectora hasta el momento de su muerte. Contar con su presencia, en esas reuniones, era para nosotros doblemente placentero, verle y escucharle. Director del "Boletín" de la RSBAP desde 1993, sucediendo a Julián Martínez, ha llevado la revista, iniciada en 1945, con regularidad enviadible. Me solía decir: "Urkia, es un pequeño milagro", se refería a que con los escasos medios y sin pagar nada a los colaboradores, cada año, salían dos magníficos números. Hoy el "Boletín", con la ayuda de la fiel secretaria y profesora Rosa Aierbe, ha alcanzado buenos índices de impacto y prestigio.

Tellechea inició los Seminarios de Historia de la Bascongada, necesarios para conocer con rigor nuestro propio pasado; más importante aún, editó, en facsímil, los famosos "Extractos" de la Bascongada, una de las primeras revistas científicas del siglo XVIII, en España, y nos dio las claves de la vertiente americana de la RSBAP, al contabilizar más de 500 socios mexicanos. No se puede olvidar que la historiografía mexicana y americana tienen, también, con Tellechea deuda de gratitud, bien lo saben Cristina Torales y los patronos de Vizcaínas, Belausteguigoitia y Basagoiti, entre otros.

Un recuerdo personal más. Reunido el Comité Científico para preparar el Congreso "Ilustración, Ilustraciones", celebrado, con enorme éxito el pasado noviembre de 2007, J. Ignacio acudió a su primera reunión, aguantó, callado, la larga sesión, cerca de 4 horas. Luego, en otro momento, me hizo su valoración.

En fin, tantas instituciones: Orfeón Donostiarra, Casa - Museo Zuloaga, de Zumaia; tantas iglesias, ermitas, figuras históricas conocidas o desconocidas, rescatadas de un olvido injusto, epistolarios, datos pequeños o claves importantes para la historia, nada ha escapado a Tellechea en su afán de difundir: "no hay temas agotados, siempre hay cosas que investigar", lo que hay son investigadores cansados. Cualquier "papel" era bueno para nuestro Tellechea, si servía para aclarar o dar luz a algún tema.

Nos queda, en esta despedida, querido Ignacio, el mejor recuerdo de tu vida y de tu obra, me quedará, en lo personal, tantas conversaciones mantenidas, se va contigo una memoria histórica irremplazable y el efusivo saludo: "¡¡Hombre, Urkia!!", como sólo tú sabías decirlo.

Que tu imagen nos acompañe y que seamos capaces de proseguir en la labor diaria del trabajo bien hecho: "lan onari". Agur Ignacio, Egun handirarte!

*José María Urkia Etxabe*  
Presidente RSBAP. Gipuzkoa

### *UN HOMBRE LIBRE EN "TIEMPOS RECIOS"*

Cuentan que el gran sabio y maestro de hispanistas Marcel Bataillon prologó a lo largo de su vida sólo cinco libros y que eran muy pocos los autores que se habían visto honrados por tal deferencia. Pues bien, en Salamanca sentó cátedra uno de estos privilegiados: José Ignacio Tellechea Idígoras, profesor de la UPSA desde 1966 hasta su jubilación, el año 1998. Efectivamente Marcel Bataillon prologó su libro "Tiempos Recios. Inquisición y Heterodoxias", publicado por Ediciones Sígueme en 1977 en Salamanca. Esta ciudad de Salamanca y su mundo universitario ha quedado un poco más huérfano desde el 8 de marzo por la muerte en San Sebastián del profesor Tellechea. Una larga enfermedad, sobre todo a partir de abril de 2007, le ha acompañado en sus últimos meses. El día 13 de abril habría cumplido 80 años. La prensa nacional, especialmente la navarra y la vasca, se han hecho eco ampliamente de su muerte y le han dedicado muchas páginas. La prensa salmantina todavía no. La UPSA ha oficiado una Misa funeral al mes de su fallecimiento. Salamanca aún está en deuda con un hombre de su talla. ¿Qué tienen las ciudades universitarias en los tiempos actuales para que se padezca tanta amnesia? ¿Qué tene-

mos los mortales para ser tan débiles de memoria? Y con todo, los centros del saber que debían seguir siendo las universidades son ocasión única para establecer encuentros entre alumnos y profesores, encuentros que son cruciales cuando en el alumno hay un aliento de discípulo y en el profesor un espíritu de maestro. Las ciudades universitarias como Salamanca acostumbradas al ir y venir de profesores por sus aulas, al inexorable paso de los cursos y de los alumnos, no se fija frecuentemente en los grandes maestros que pueden frecuentar sus aulas, pasean por sus calles, buscan en sus bibliotecas o archivos. Lamentablemente también en la universidad española se vive al día y hay poco tiempo para la memoria agradecida y menos aún para profesores que ya jubilados o eméritos van desapareciendo. Sin embargo no puede uno olvidarse de sus maestros, sería traición.

Para mí José Ignacio comenzó siendo antes que profesor, un vecino de habitación allá en el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe, colegio que nos parece ya legendario, porque fue erigido uno nuevo junto al río y porque el viejo hace una par de años fue demolido, enhiesto como estaba en la Peña Celestina de Salamanca.

Era febrero de 1984. Yo cursaba segundo de teología en la UPSA. José Ignacio regresó a Salamanca después de su larga enfermedad. Yo estaba dispuesto a comerme el mundo, como se dice vulgarmente, él ya era una eminencia del saber. Comenzamos una amistad muy honda. Sin ser aún mi profesor, comenzó siendo mi maestro. Largas horas escuchándolo y largos paseos fueron fraguando una admiración en mí que no hizo sino incrementarse con los años. A unos cuantos colegiales se nos pasaban las horas pegados a su mesa y en su habitación. Francisco Javier Santaclotilde (de la diócesis de Soria) y yo (de la diócesis de Ciudad Rodrigo) editamos el *Léxico de la Guía Espritual de Miguel de Molinos* e hicimos, aplicando el *Léxico*, nuestra memoria de Licenciatura. Nunca hemos dejado de admirar su capacidad de trabajo y su sabia intuición en los asuntos tratados. Su instinto en los archivos más importantes del mundo era único, parecía tener un sexto sentido; su capacidad para cautivar con la palabra oral y escrita era excepcional. Su obra deja anonadado a cualquiera. Habrá congresos, publicaciones y otras muchas iniciativas que mantengan vivo su legado y su memoria. Sin embargo, y con lo excepcional de sus aportaciones a la investigación histórica, hay algo que destaca siempre: su lealtad con la verdad de lo estudiado y la honradez de su vida toda. Era un hombre cabal, recio y exigente consigo mismo, trabajador hasta el extremo, pero cariñoso, afable, humilde y sencillo como pocos. Le adornó una libertad interior y exterior envidiables que sólo la tienen los grandes hombres. Su ambición fue la del saber para servir, no la del saber para encumbrar-

se por encima de nadie. Saber para saborear y entregar lo saboreado a las generaciones futuras. Ahí radicaba su sencillez y su libertad. Le tentaron con muchas prebendas, pero supo renunciar a ellas para vivir la libertad de los hombres de espíritu. En el sentido amplio y pleno de la palabra fue un hombre de iglesia, sacerdote por los cuatro costados, aunque nada clerical. Le tributaron admiración lo mismo catedráticos civiles que religiosos, católicos o protestantes, obispos, cardenales, como sencillos hombres de pueblo, vecinos, amigos de cualquier índole.

Su libertad fue en todo y con todos. No la libertad de quien no se compromete, sino del que sabe que sólo compromete la verdad de las cosas y que es ahí donde la libertad adquiere alas para llegar lejos, sin miopías. Libre en todos los terrenos, por eso, siendo vasco hasta la médula, supo mantener una libertad de la que hacía gala. En el 2001 escribía: “jamás la política ha determinado mis opciones ni espero que lo hará en lo que me quede de vida. Sí el amor a la verdad, a develar lo desconocido, a llenar nuestras lagunas, etc., a entender y comprender los recovecos del ser humano a lo largo y ancho de la historia, esa “magistra vitae” que nos enseña machaconamente, que el hombre aprende muy poco de la Historia y tropieza muchas veces en la misma piedra” (Cfr, palabras con motivo de la concesión del premio Manuel Lecuona, p. 13). Ya se oyen voces en el País Vasco reclamando para José Ignacio un puesto de honor en la historia vasca, una distinción en su tierra, aunque sólo sea por haber dedicado cientos de páginas a la historia de San Sebastián o a figuras importantes vascas. Esa preocupación por el hombre en su radical libertad le acercó a D. Miguel de Unamuno, del cual ha publicado cientos de cartas inéditas.

Libertad en el seno de la Iglesia y de la Universidad, situado siempre al margen de grupos o de intereses. Apasionado por la excelencia del saber veía con grave preocupación, como tantos otros, la verdadera continuidad de la tarea investigadora tanto en el mundo de la universidad como en el seno de la Iglesia. Aprisionados como estamos hoy por las prisas, por las titulaciones, por las presiones mediáticas, un hombre profundo en su pensamiento como era José Ignacio siempre puede indicarnos un camino que se hace en la senda de la obra bien hecha, de los compromisos cumplidos, de la tarea finalizada, del día a día. Los cantos de sirena nunca le sedujeron, ni los aduladores fueron sus amigos, en cambio fue amigo de sus amigos. Por todo esto fue un hombre grande, de los que uno siempre aprende, con los que uno siempre dialoga, con el que uno siempre está agradecido.

Su voz se apagó el 8 de marzo. Yo tuve la suerte de visitarle en varias ocasiones entre los medes de abril de 2007 hasta su muerte. Guardo como un tesoro

ro una grabación de casi 6 horas realizadas por un joven director de cine, Pablo Moreno, donde le hago una muy larga entrevista sobre sus investigaciones. Esto fue durante los días 12 y 13 de octubre de 2007. Su voz seguía siendo viva, su palabra encendida, su lucidez prodigiosa. Es verdad que los legajos y documentos de tantos archivos se han quedado sin el aliento de quien podía darles vida, de quien sabía hacerlos hablar, de quien acertaba a escudriñar sus secretos; pero sus amigos y colegas tenemos el deber de perpetuar su memoria y de hacer brillar su talento para el bien común y para el servicio de la Iglesia, aunque también estén los tiempos recios para ello.

*Juan Carlos Sánchez Gómez*  
Rector del Seminario de Ciudad Rodrigo

*BREVES GLOSAS PERSONALES A LOS TAPICES DE LA MEMORIA*  
DE JOSÉ IGNACIO TELLECHEA

Lo que viene a continuación quieren ser unas glosas a la página 410 del libro *Tapices de la memoria. Historia clínica 279.952* de José Ignacio Tellechea Idígoras<sup>1</sup>, citado por su segunda edición, corregida y aumentada<sup>2</sup>, del año 2003. Dice así: “Luis Enrique es un amigo de última hora. Terminada su carrera de Historia, se propuso hacer el doctorado en Salamanca y le ilusionaba vivir conmigo en el mismo Colegio Mayor. Él había ingresado en el colegio por octubre; pero yo, no llegaba a volver”. Para ello me acojo a lo que él mismo dejó escrito: “También en los demás aletea nuestro recuerdo; hay tapices de otras memorias que podrían sumarse a los míos”<sup>3</sup>.

Conocí a José Ignacio Tellechea a través de mi compañera de estudios, en la Universidad de Deusto, Pilar Pildain Salazar. Tuvimos la primera entrevista

---

(1) J. Ignacio Tellechea falleció en San Sebastián el ocho de marzo de 2008; y, por su expreso deseo, fue enterrado en Ituren al atardecer del domingo nueve, en el cementerio de la parroquia de San Martín, junto a sus padres. “En esa hora que sigue al mediodía y a primera tarde, cala más hondo el pensamiento de san Juan de la Cruz (Dichos 59), como un susurro al oído: ‘A la tarde te examinarán en el amor’: *Tapices*, pág. 604.

(2) José Ignacio TELLECHEA IDÍGORAS, *Tapices de la memoria*, Salamanca, Sígueme, 2003. La primera edición se publicó por la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián en 1991.

(3) *Tapices*, página. 599.



José Ignacio Tellechea, en la conmemoración del Centenario de su tío  
José de Arteche (agosto 2006)

la tarde del veintiséis de junio de 1978, en los locales de la Obra Social de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, situados entonces en la calle Urbietta, en la manzana del teatro Bellas Artes y muy cercanos a mi domicilio familiar de Pedro Egaña 8. Fue en los inicios de mi Tesina de licenciatura sobre las Carmelitas descalzas de Santa Ana y Santa Teresa de Urgull, un convento donostiarra fundado a mediados del siglo XVII. Entonces, tras una cordial conversación, me regaló su libro sobre *La Reforma tridentina en San Sebastián*, publicado en 1972, y con la siguiente dedicatoria: “A Luis Enrique, con todo afecto y mucha esperanza”. Por aquellos años le preocupaba “la carencia de comunicación profunda” entre la gente, entre profesores y alumnos, entre maduros y jóvenes.

Pasaron los meses en mis labores de archivo carmelitano y, llegado el verano, le visité en su casa de Ituren (Navarra)<sup>4</sup> el trece de agosto de 1979. Llegué en autobús hasta Santesteban y me recogió con su coche. Fue un día soleado. Recuerdo la comida en la terraza de la cocina, junto a una higuera<sup>5</sup>. La preparó él mismo: judías verdes, merluza rebozada y fruta. Vivían sus padres, que nos acompañaban con alegría. Larga conversación y demorada curiosidad en “el cuarto bajero del portal”: la biblioteca<sup>6</sup>. Me regaló la biografía de *Antonio Pérez* por Gregorio Marañón<sup>7</sup>, editada en 1963. El libro, en dos volúmenes encuadernados en tela, rezumaba la humedad del riachuelo cercano, el Ezcurra. Todavía hoy, en mi biblioteca de Salamanca, los libros mantienen cercos de moho, resecaos por el clima de Castilla. Es la particular reliquia orgánica que conservo de aquel Ituren. La dedicatoria decía: “A Luis Enrique, en un grato día”. Y de allí me volví, por los recodos del autobús, en un declinar de la tarde, cargado de separatas y artículos.

Luego me tocó la Milicia, y me cercaron las dudas sobre el futuro. Es a José Ignacio Tellechea a quién debo las sugerencias para mi decisión final. No pre-

---

(4) “Ituren está en un lindo valle, cruzado por el río Ezcurra, con una parroquia sobre una colina desde la que se contemplan sus tres barrios con nombre propio, Ituren, Aurtiz, Lasaga, y al pie de una montaña que sobrepasa los mil metros, el Mendaur, de esplendorosas vistas en días otoñales de viento Sur”, *Tapices*, pág. 32.

(5) “Al aire libre, rodeado de verdor y de huerta, a la sombra de la higuera frondosa”, *Tapices*, pág. 251.

(6) “Un espacio penumbroso y fresco, de espeso silencio”, *Tapices*, pag. 213. “El recinto de la biblioteca es excesivamente sombrío y húmedo”, *Tapices*, pág. 238.

(7) “Conocí a don Gregorio Marañón, interesadísimo en mis investigaciones carrancianas. Su casa estaba abierta para mí a cualquier hora y siempre distraía unos minutos para atenderme. Fue para mí un verdadero amigo y padre, y el lector más apasionado de mis cosas”, *Tapices*, pág. 200.



pararía oposiciones de Instituto, sino que me arriesgaría a la aventura incierta de un doctorado en Historia y en Salamanca. ¿Con qué finalidad? No lo sabía con claridad. En cualquier caso, podría alojarme en el mismo colegio mayor que Tellechea, el de Nra. Señora de Guadalupe. Todo el resto me era desconocido.

En *Tapices*, página 250, se narran los inicios de su libro sobre san Ignacio de Loyola, una de sus obras más difundidas<sup>8</sup>. Lo comenzó el cuatro de julio de 1980, con cierto aislamiento<sup>9</sup>. El veintisiete me escribía desde Ituren: “Mi Ignacio va bien. Tengo ya unas 70 páginas y estoy contento con el aire que le doy. Termina felizmente el Servicio militar y dispone a empezar una vida nueva. Ya nos veremos”.

Y vino aquella enfermedad: la Historia clínica 279.952. En la Clínica de San Ignacio de San Sebastián, en los comienzos (septiembre/octubre de 1980), le visité por las tardes por lo menos en dos ocasiones; en una de ellas con el traje militar “de bonito”, pues yo realizaba el Servicio obligatorio en los cuarteles de Loyola. Hubo una tercera visita, quizás el veinticinco de octubre. Se encontraba en situación crítica, era el atardecer, creo que de un sábado, y se me permitió pasar para despedirme. Le encontré francamente mal. Luego yo escribiría en mi Ideario personal la entrada de dicho día, que transcribiré hacia el final de estas glosas. Este es el marco que se recoge en la página 274 de *Tapices*.

Sin saberlo nadie, estuve delante de la habitación 349 de la Residencia Nuestra Señora de Aránzazu (ahora Hospital Donostia), quizás en la mañana del veintiocho de octubre (páginas 275/276 de *Tapices*, 2003). No quise molestar y no me atreví a entrar. Muy deprimido, me bajé andando desde los Hospitales hasta Ayete y El Antiguo, y entré un rato en la iglesia de San Sebastián, junto al Palacio Real del Miramar. Tellechea se moría. El día treintauno de octubre de 1980, acabada mi Milicia, partí solo y en el ferrocarril del Norte hacia la desconocida aventura salmantina. Eran, entonces, nueve horas de viaje, con demoradas esperas en Miranda de Ebro y Medina del Campo. En el colegio me dieron la habitación contigua a la habitualmente ocupada por Tellechea. Era la de éste un rincón sombrío y húmedo del primer piso, al Norte. Escribí entonces: “Cuando contemplo el cielo... Primera noche. Al lado, el cuarto habitual de don José Ignacio: peso y vacío de una presencia ausente”.

Al día siguiente, el uno de noviembre de 1980 subimos en coche Jesús María Múgica, profesor de Moral de la Universidad Pontificia, y algún otro

---

(8) *Ignacio de Loyola. Solo y a pie*, Madrid, Cristiandad, 1986.

(9) “Nunca pasé un verano tan aislado de todo y de todos”, *Tapices*, pág. 251.

colegial que no recuerdo, hasta la cima de la Peña de Francia, tocando el cielo de Salamanca. En la cumbre se conserva un antiguo santuario dominico, de mucha veneración en siglos pasados. Encendí una vela. Y escribí: “Dejé mi ofrenda sobre la Peña al declinar la tarde, como flor de un amante. Alto, a los aires y al cielo, en la claustra vieja de mucha fe. Allí, llama inquieta por recordarte su dolor”.

Por diciembre de 1980, o hacia Reyes de 1981, volví a San Sebastián y subí a la UVI de la Residencia sanitaria para ver a Tellechea. Lo recuerdo sentado frente a la galería, con uniforme naranja. Le llevaba unas zapatillas que me había dado su hermana María Ángeles. *Tapices* no lo registra, ni tampoco las numerosas llamadas telefónicas a la misma María Ángeles, desde Salamanca, agobiándola para pedir noticias del enfermo.

En febrero de 1981 Tellechea volvió a casa (página 405 de *Tapices*, 2003). Escribía en mi Ideario el día siete: “José Ignacio en casa. Porque ya hay mucha noche tu cumple tu promesa”. Me refería a lo escrito en Salamanca el cuatro de noviembre anterior: “Prometí empuñar ancla y venda y ascender más allá del nublado, porque ya hay mucha noche”. Le envié una postal de la Virgen de la Vega, con la siguiente dedicatoria: “Bien llegado a casa. Con el ramo de olivo de la Virgen de la Vega de Salamanca”.

A principios de marzo de 1981 le visité ya en su casa. Lo recoge *Tapices*, página 410. Y escribí en mi Ideario la entrada del día trece: “Su salida del umbral de la muerte (como de un nuevo Egipto), fue la señal, el mojón, la encarnación histórica de una presencia presentida. Todo podía desde aquél riesgo aceptado ser distinto, y hubo luz. Luz rasgada de sombra, a pesar de ella, en ella, desde la entraña del dolor, y sin saber, flameando. Desde su más profundo centro, crispado el oleaje, suspendido, la mirada fiada, sobre una nada de firmeza. Como a la manera de un agujón, una punzada honda, un trastorno. Ello, allí, presente, total, absorbiéndolo todo, emergiendo en una imposición; tajo en el corazón mismo de la serpiente antigua. Concentración de amor, rompiendo límites”. Luego, volví con Jesús María Múgica desde Salamanca para San José, tal y como lo recoge *Tapices* (2003), página 413. Recuerdo la tumbona colocada en su despacho de casa, en la calle Usandizaga 27 de San Sebastián, con luz de balcón a la calle<sup>10</sup>.

---

(10) “Justamente este año, por ampliación de la vivienda, he podido disponer de un cuarto para despacho. Me han cedido mis padres su dormitorio delantero, luminoso y amplio, retirándose ellos a otro cuarto interior del espacio ampliado. Tras tantos años de limitación, he tardado meses en enmoquetar y empapelar el recinto y en colocar una librería en que dar algún orden a mis libros y papeles”, *Tapices*, pág. 248.

El once de mayo anoté en el Ideario: “El ejemplo de Tellechea; decisión y esperanza contra toda esperanza”. Anticipaba, sin saberlo, lo que él mismo escribiría en *Tapices* año y medio más tarde<sup>11</sup>. El veintitrés de junio de 1981, nuevas reflexiones en mi Ideario después de entrar en el cuarto de Tellechea del Colegio Mayor Guadalupe de Salamanca: “Rompiendo las aristas de la noche, florecida de abril”. Recuerdo una vista de la bahía de San Sebastián, un retrato de Santa Teresa y muchos libros.

Hacia mediados de julio, y también en agosto de 1981, volví a visitarle en su casa del barrio de Gros de San Sebastián. Algo recoge *Tapices* (2003), páginas 461, 463 y 465. Probablemente fue una de esas veces cuando M<sup>a</sup> Ángeles me encargó comprar velas para la Misa familiar privada que celebraba habitualmente para sus padres.

La atmósfera optimista<sup>12</sup> de *Tapices* (2003), página 472, la recojo yo en la entrada de mi Ideario de once de octubre de 1981: “Tellechea dado de alta. La esperanza triunfante”. Tan optimista estaba que, incluso, se arriesgó a un viaje hasta la misma Salamanca. Al narrar este reencuentro, el veinticinco de octubre, no se acuerda de mí. Me visitó en la habitación que daba sobre el recodo del Tormes, con una preciosa vista de alamos de otoño; pero no lo registra *Tapices* (2003), página 476. Y volví a escribir ese día veinticinco en mi Ideario: “Tellechea en Salamanca. Prometí empuñar ancla y venda y ascender más allá del nublado, porque ya hay mucha noche”.

Toda la pesadilla de aquella turbulenta enfermedad de un año acabó con el alta médica oficial, casualmente el once de noviembre, san Martín, fiesta patronal de Ituren. *Tapices* inicia entonces una tercera parte: la voluntad placentera del revivir. Allí aparezco por última vez, con ocasión de la publicación de mi libro sobre las Carmelitas descalzas de San Sebastián<sup>13</sup> en diciembre de 1982.

---

(11) “Él pudiera figurar, por derecho propio, en la galería de los profetas bíblicos con Elías y Eliseo, por su esperanza *contra spem in spem*”, *Tapices*, pág. 190.

(12) “El doctor, muy cauto, no daba la partida por completamente ganada. Como medida cautelar me recomendó que siguiese aún un mes con las veinte píldoras al día y, tras este período de afianzamiento, diese una vuelta por la Residencia. Era casi la libertad, mas con una sombra de provisionalidad y con la servidumbre de seguir ingiriendo seiscientas píldoras al mes. Podía bajar a casa y pensé hacerlo después de comer [...] Salí por mi pie y a las tres de la tarde estaba en casa. Practicamente podía cantar victoria”, *Tapices*, pág. 472.

(13) “El 20 [de junio de 1982] fue más movido. Por la mañana entré con licencia episcopal en la clausura de las Carmelitas descalzas de Urgull con el amigo F. Ibarburu para hacer unas fotografías de interiores para el libro de Luis Enrique sobre la historia del convento. Era un privilegio

Quiero añadir a estas glosas la entrada completa de mi Ideario de veinticinco de octubre de 1980, antes de emprender la aventura salmantina y en medio de la crisis oscura de la enfermedad de José Ignacio Tellechea:

“Desde el primer día puso en mí ‘todo afecto y mucha esperanza’, y luego se me fue derramando en atenciones y detalles, para romper, tal su afán, la frialdad distante de celos y barreras. Dejaba huella por añadidura, como sin quererlo, con vocación de entrega y cordial cercanía, dando sin pedir. Era su palabra tensión de esperanza, su vida y su quehacer pura plasmación de ella, y siempre con entusiasmo a la tarea, irradiando entusiasmo de fuente oculta.

Nobleza de hondo chorro todo él, a la vez alta y sencilla, nobleza en impulso, comunicándolo. Riguroso erudito como de pasada, sin gestos ni ademanes, sin afectación, abajándose por restarse importancia y allanando a los otros el camino a sus logros.

Ambicionaba poco y comprendía hondo, por ello ni rivalidad ni servilismo ni estrecheces lastraban su altura. Luego, la plenitud sospechada, vaso colmado entrevisto, su otro nivel de entraña, razón de todo.

Hoy le evoco en la noche, con el abismo abierto amenazante, la conclusión incierta; pues quiero así violentar lo profundo y alzar los estandartes de la fe, por si mi voz faltara en el concierto. Que el verso místico dice: ‘Tanto alcanza cuanto espera’.

Como he dicho, esto se escribió en octubre de 1980. El calvario de la enfermedad duró un año, hasta noviembre de 1981. Luego vino todo lo demás. José Ignacio Tellechea regresó a Salamanca, a sus clases y a su colegio; aunque yo ya no residía en él. Cambió de habitación, y pasó a ocupar dos cuartos repletos de libros, junto a la entrada principal, en la planta baja, con bellas vistas sobre la ciudad vieja<sup>14</sup>. Le visité allí muchas veces, en años sucesivos.

---

...

singular deambular por aquella reliquia del San Sebastián librado del incendio de 1813, por aquella mansión impregnada de rezos. Pude conversar con las carmelitas, contarles lo pasado y escuchar una vez más: —¡No sabe cuánto hemos rezado por usted!”, *Tapices*, pág. 519. “La Noche Vieja [de 1982], tan propicia para ahondar en el sentido del fluir del tiempo y de nuestra existencia pasajera. En los días intermedios hubo pequeños episodios que van tachonando el calendario, rompiendo su monotonía: la presentación del libro de Luis Enrique en el convento de Carmelitas; el cierre del año centenario en que hablé de santa Teresa...”, *Tapices*, pág. 543.

(14) “El cuarto tiene un hermoso ventanal desde el que se contempla una preciosa vista. Enfrente luce iluminada la gran torre de la Catedral nueva y la de la Clerecía con su cimborrio de cierto aire oriental. Alguna pena me da haber dejado mi viejo cuarto sombrío en que no daba jamás el sol, con su balcón al patio gris, pero en el que he pasado tantos años, trabajado tantos días y noches, en el que he conversado durante tantas horas”, *Tapices*, pág. 575.

Formó parte del tribunal de mi tesis doctoral sobre *La Universidad salmantina del Barroco* en octubre de 1985. Fue padrino, junto a Juan Antonio Garmendia, de mi ingreso en la Sociedad Bascongada de Amigos del País por Guipúzcoa en diciembre de 1988. Asistí de oyente a sus clases en la Universidad Pontificia de Salamanca: las de *Historia de la Iglesia*, y a diversos monográficos, sobre Carranza o sobre la Reforma en Inglaterra y el cardenal Pole.

Escribió el prólogo de la segunda edición de mis *Carmelitas descalzas en San Sebastián (1663)*, que fue presentado de nuevo en julio de 1991. Le visité en Roma, en el colegio de Montserrat, Via Giulia, ese mismo año, por noviembre, y nos pateamos la Biblioteca Vaticana.

Por estos años realizamos diversos viajes, muchos de ellos en compañía de Ramón Trevijano, patrólogo de la Universidad Pontificia. Cercanos unos, a Ledesma, Piedrahita, El Barco, Tordesillas, Ávila, a la Peña de Francia (evocando aquél uno de noviembre), al desierto de las Batuecas o al Valle del Jerte. Más lejanos otros, a Paredes de Nava, Villagarcía de Campos; o a Segovia, junto a san Juan de la Cruz, cuando nos relató sus sinsabores como rector del Seminario de San Sebastián, entre turbulencias políticas. O el más largo, por Portugal, hacia San José de 1998 ó 1999: Viseu, Fátima, Santarem y Évora...

Llegó su jubilación académica en 1998, pero continuó acudiendo a Salamanca. Me dijo entonces: “Ya ves, me he hecho viejo trabajando, y sin darme cuenta”. Recuerdo la última visita a Salamanca, en marzo de 2005, en el nuevo colegio Guadalupe, cerca de la Estación de Autobuses, en una extraña habitación, ya sin libros<sup>15</sup>. Yo contribuí a paliar el vacío con el segundo volumen de mi coordinación de la *Historia de la Universidad de Salamanca*, publicado el año anterior, con una dedicatoria en la que le recordaba su incitación salmantina y aquél fruto.

Y se fue manifestando un cierto declive físico progresivo, con posteriores crisis. Aún así, quiso estar presente en el entierro de mi madre en Polloe (San Sebastián), el veintitrés de junio de 2005. En enero de 2007, le envié desde Salamanca el último de mis libros que conocería: *Atmósfera universitaria en Cervantes* (2006), que me ponderó mucho.

---

(15) Siempre entre libros. Escribía hacia 1982: “la mayoría están en Ituren, no pocos en San Sebastián y Salamanca, bastantes en un cuarto cerrado en el Seminario donostiarra y unos pocos en el de Vitoria”, *Tapices*, pág. 248.

El final se fue acelerando. Me regaló un último libro en marzo de 2007, en su casa de San Sebastián: *Felipe II y el Papado, 1572-1598* (2006), con esta dedicatoria: “A mi querido amigo Luis Enrique, con gran afecto”. Entonces caminaba ya con bastante dificultad. A partir de abril de 2007 se inició el túnel hospitalario del que ya no saldría. Acudí a la Residencia (hoy Hospital Donostia) los primeros días de junio, y le llevé un regalo simbólico, el libro *Mística y Humanismo* (2007) de Juan Martín Velasco. Mantenía la ilusión y el entusiasmo, a pesar de los problemas de corazón y el cansancio. Le visité por última vez en su casa de Usandizaga 27 ese mismo mes, la tarde del trece de junio. Hablamos, pero se cansaba y tenía ciertos blancos.

Vino luego la quimioterapia, los largos meses, Matía y el desenlace. Yo no pude estar allí, amarrado a un semestre académico salmantino particularmente sobrecargado. Y tuve una última conversación telefónica, brevísima, en febrero de 2008. “Estoy bien”, creo que dijo<sup>16</sup>.

Y ahora, mientras escribo esto, recupero a través de Internet una bella vista de la parroquia de San Martín de Ituren. Un campanario y unos pórticos, junto al cementerio campesino que marca un final. Y, al fondo, presentimos la presencia del monte Mendaur, coronado por la ermita de la Trinidad. En torno, una atmósfera de humedad verde y neblina suave, de primera mañana limpia<sup>17</sup>.

*Luis E. Rodríguez-San Pedro Bezares*

*A JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS:  
'OSASUNA ENKOMENDATZEKO'*

*Zozomikote egunak, tristeak eta illunak.* Cuando escribo estas líneas son recientes todavía los tres primeros días de marzo que corresponden a la leyenda pastoril denominada *Zozomikoteak*.

Cuando al anochecer del pasado viernes siete de marzo llamaba el teléfono de casa, brotó en mí la sensación premonitoria de un acontecer de dolor y

---

(16) “Por mi parte había poco que contar y aun que contestar a la pregunta mil veces repetida. —¿Qué tal estás? Yo siempre respondía que estaba bien”, *Tapices*, pág. 278.

(17) “...llevar su cuerpo a Ituren y darle tierra, tras la Misa mayor [...], al son de la campana que tañera de niño, al pie de la ermita de la Trinidad del Mendaur que tanto amaba”, *Tapices*, pág. 608.

pesar. La premonición no se hizo esperar en vivir la realidad de una triste nueva que me daba cuenta del fallecimiento de mi querido y admirado amigo José Ignacio Tellechea Idígoras. Sabía de su mal, que lo sobrellevaba con el espíritu que le caracterizó a lo largo de su vida. En mi última visita, el 4 de febrero, lo encontré acompañado de su hermana M<sup>a</sup> Ángeles, como siempre a pie de cama. Le vi animado, me preguntó acerca del trabajo que tenía entre manos y me hablaba de sus proyectos. Al hilo de nuestra conversación, le decía que sobre el arzobispo Carranza él sabía bastante más que el propio Arzobispo en vida.

Sobre el tiempo de relación amistosa mantenida con José Ignacio, tuve la fortuna de contar con su palabra en la presentación de un libro mío, en la que dijo: “Mi presencia hoy aquí está justificada porque Juan Garmendia Larrañaga ha tenido la amabilidad de dedicar este tomo noveno de sus inmensa obra completa a mí, viejo amigo suyo, viejo ya y muy antiguo amigo suyo. Esto me da la oportunidad, además de agradecerse sinceramente, de componer una *laudatio* de su obra ingente y meritoria por muchos conceptos”.

A comienzos de la década de los sesenta del siglo XX, recibí en nuestra tienda familiar de cerería, en Tolosa, la visita de José Ignacio Tellechea Idígoras, que venía de ver al harto desconocido notable sacerdote e historiador tolosano José Zunzunegui, enfermo a la sazón en nuestra villa. A la muerte de éste, Tellechea conservó la relación estrecha de amistad con la familia Zunzunegui. Este es un caso, entre otros muchos, de cómo era de ejemplar la conducta humana y sacerdotal de José Ignacio. Resaltaré que si Tellechea Idígoras se vio obligado a separarse físicamente de los suyos, bien por razones de estudio o investigación de archivo, espiritualmente vivió identificado con su familia, a la que nunca olvidaba y la tuvo presente siempre.

Por deferencia de José Ignacio y bastante antes que se pasase a letra impresa, pude conocer el legajo, para mí importante, en el que figura la relación con los nombres y emplazamiento correspondiente de ochenta y cinco ferrerías guipuzcoanas a fines del siglo XV. El epígrafe de la publicación documental reza: José Ignacio Tellechea Idígoras: *Ferrerías guipuzcoanas a fines del siglo XV*. En: BSVAP. Año XXXI –1975–, cuadernos 1º y 2º, pp. 87/89.

Con José Ignacio, donostiarra ilustre de nexo con Ituren, estuve en varias ocasiones en esta bella localidad navarra, donde su familia residía por temporadas. Me he acercado también a Ituren empujado por motivo de investigación etnográfica de festivo carácter y he travesado entre las casas, más de una con la *respetabilidad* que le concede la pátina del tiempo, y que trazan la algo angosta calle principal.

Al ocuparme de los *zanpantzar* en el año 1971 observé que los *yoareak* o cencerros pequeños carecen de badajo y van colocados de manera que no molesten al *dantzari*. Para esta labor, y esto me lo explicó el entonces octogenario José Tellechea Jorajuría, padre de José Ignacio, en Ituren contaban con el hombre que recibía el título de *maestro aparejador*.

Con José Tellechea me adentro un poco en materia y así me entero de que en Ituren hubo una familia de renombrados *yoaregilleak*, entre los que figuraban Juan Diego Iñigo y su yerno Domingo Mindeguía. Juan Diego nació en Leitza y su progenitor era de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Murió en Ituren a comienzos del siglo XX. Le sucedió en la forja Domingo Mindeguía, que falleció en la misma villa allá por el año 1921.

En Ituren, los días de José Ignacio Tellechea Idígoras transcurrían, en lo que podía, en disfrute de la familia reunida, y si el tiempo acompañaba en paseos por caminos que apenas habían cambiado con los años y que evocaban en José Ignacio los tiempos de su niñez. Saludaba con afecto a sus añosas amistades y, ya en casa, se enfrascaba en rematar el estudio que tenía a medio terminar. Esto me lleva a recordar al estoico cordobés cuando divide a las personas entre las que duran y las que viven, y no hay ninguna duda de que José Ignacio Tellechea vivió, que vivió intensamente. Su obra escrita, en la que se incluye el libro intitulado *Santiaguistas guipuzcoanos*, que tuvo la amabilidad de dedicarme, es muy amplia e importante, así como son notables sus intervenciones en diferentes centros culturales de prestigio y en congresos. A señalar que en él tuvimos al fundador y director del Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián, sin olvidarme de su dedicación a la docencia, campo en el que se alegraba, como cosa propia del éxito de los que fueron sus alumnos.

Por todo, pero de manera particular por tus cualidades humanas y el aprecio que me dispensaste, hacen que te recuerde de manera indeleble. Un buen día me dijiste que en Ituren, entre otros pueblos, existe una fórmula de pésame cuando muere alguno del pueblo: *Osasuna enkomendatzeko*. Yo, querido José Ignacio, cierro estas líneas dándote un *Osasuna enkomendatzeko*.

*Juan Garmendia Larrañaga*



*EL LEGADO DE J. IGNACIO TELLECHEA\**

En estas horas de profundo dolor y tristeza por la muerte de persona tan irreplicable, una confortadora luz consuela el abatimiento: el recuerdo de su bondad y generosidad, el testimonio magnífico de una vida sobria y abnegada, su inagotable e ilusionante capacidad de trabajo, el impresionante legado de su obra científica, el ejemplo de su fortaleza, ánimo y serenidad en los durísimos largos meses de su recta final y en los que, como podía, seguía ocupándose de trabajos y escritos. Ahí está su precioso artículo (DV, 4 enero) dedicado al P. Arrupe.

Sacerdote de profunda e inquebrantable fidelidad y estricta rectitud, profesor de generaciones y maestro de historiadores, investigador e historiador de gran prestigio, autor de una imponente producción bibliográfica de alcance internacional, conferenciante y escritor excelente, participe en no pocos congresos y actividades culturales en Europa y América, hombre sencillo de hogar y de familia.

Probablemente, nuestra sociedad no es consciente de haber generado a figura tan sobresaliente que, con su trabajo incansable de más de cincuenta años, cubre la segunda mitad del siglo pasado y comienzos del actual. Solamente por la creación y dirección del espléndido *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*, del Instituto Dr. Camino de Historia Donostiarra, patrocinado a lo largo de varias décadas por Kutxa, así como por tantas otras publicaciones suyas o dirigidas por él en dicho Instituto, el nombre de Tellechea Idígoras merece un lugar en el callejero de su ciudad natal. (Apena pensar que no fue objeto de todas las distinciones que merecía; cosa que a él ni le preocupaba ni las esperaba. Algunas de las últimas, que agradeció mucho, de Eusko Ikaskuntza y la RSBAP).

Ejemplo de humanista cristiano con su profunda fe y espiritualidad, mente lúcida e independiente abierta a lo universal, en todo momento consecuente con su gran formación moral, doctrinal y académica, vasco que amó y vivió intensamente su País y el paterno Ituren navarro donde reposan sus restos, era persona que, siempre disponible para todo y accesible a todos, irradiaba confianza, y nobleza con su gran corazón y cordial amabilidad. Que no excluía, naturalmente, energía y rigor, cuando las circunstancias lo pedían, y una firme exigencia que comenzaba por él mismo.

---

\* Publicado en *El Diario Vasco* el 9-III-08.

Que no parezca exageración o apasionamiento lo que aquí se dice. Quienes lo trataron saben que fue así. Y por supuesto tantos enfermos que recibieron su visita y aliento.

En su momento, personas e instituciones que honrarán con sus homenajes la memoria de J. Ignacio Tellechea sabrán ponerlo de manifiesto (al frente, la RSBAP de cuyo Boletín fue director tantos años), mejor de lo que aquí puede escribirse con estas breves, rápidas y emocionadas líneas de urgencia.

Es la herencia que él nos deja. Pueden sentirse orgullosos sobre todo los suyos: su hermana M<sup>a</sup> Ángeles –verdadero ángel de la guarda con su heroica asistencia– y su esposo Patxi e hijos José Ignacio y Javier. A ellos y tantos amigos, colaboradores e instituciones que quedan huérfanas de su magisterio, el más sentido pésame.

Decía J. Ignacio que la música de la cantata 147 de Bach le transportaba a Dios. El Orfeón Donostiarra, al que tanto quiso y admiró –era Socio de Honor–, se la cantará en la catedral del Buen Pastor como sabe hacerlo. Goian bego. Descanse en paz.



La egregia figura de J. Ignacio Tellechea, en cuya personalidad primaba su condición sacerdotal, nos lleva a recordar a muchos sacerdotes y religiosos, tantos de ellos muy cercanos a él. En estos tiempos en que se vierten críticas tan ácidas sobre la condición religiosa o sacerdotal, es gratificante recordar a varios de ellos –todos ya fallecidos–, personas magníficas y hombres beneméritos con quienes en su día (hace diez, veinte, treinta o más años) tuvimos la suerte de tener alguna relación cultural o colaboración editorial. Lamentando las involuntarias omisiones en la relación que sigue, seguro que a J. Ignacio le agradaría mucho esta evocación; algunos de ellos, figuras muy importantes de nuestra cultura:

- Presbíteros: José M<sup>a</sup> Aguirrebaltategui, Manuel Aizpuru, Fernando Aizpurua, Jesús Amundarain, Antonio Antía, Simón Arambarri, José M<sup>a</sup> Aranalde, Anasatasio Arrinda, Jesús Azcue, Iñaki de Azpiazu, Tomás Atauri, José Miguel de Barandiaran, Pedro Berrondo, Pablo Bilbao Arístegui, Pedro Celaya, Luis M<sup>a</sup> Ecenarro, Nemesio Etxaniz, Axentxio Elustondo, Juan José Garmendia, José Garmendia Arrueba-

rrena, José Goñi Gaztambide, Sebastián Insausti, Juan Irigaray, Emeterio Isasti, abbé Pierre Lafitte, José Lasa, Juan M<sup>a</sup> Lekuona, Manuel Lekuona, Andrés E. de Mañaricua, abbé Manuel Michelena, José M<sup>a</sup> Múgica, Luis Murugarren, abbé Pierre Narbaitz, José M<sup>a</sup> Satrustegui, José M<sup>a</sup> de Suquía, Juan Thalamás, Hipólito Usabiaga, Francisco Yarza, José M<sup>a</sup> Zapirain.

- Jorge de Riezu (capuchino); Lino de Akesolo (carmelita); Pedro de Anabitarte, Pedro Aranguren, Lucas Arizeta, José Antonio Gárate, José Ignacio Lasa, Luis Villasante (franciscanos); Patxi Altuna, Nemesio Arzalluz, Gaizka Barandiaran, José Ramón Eguillor, Javier Elícegui, Ignacio Iparraguirre, Juan Plazaola, Pedro Uriarte (jesuitas); Nicolás de Alzola (salesiano).
- No quisiera olvidar aquí a la madre Asunción Arrázola, con quien tanta y tan fructífera relación cultural tuvimos.

Aunque la memoria de los muertos se deslice en las nieblas del tiempo y su recuerdo vaya inexorablemente desdibujándose con el paso de los años, el testimonio de unas vidas ejemplares y las aportaciones y esfuerzo de su trabajo nos quedan como su mejor legado.

J. Ignacio Tellechea descansa el 9 de marzo en la tierra navarra de Ituren, junto a sus padres, tal como quiso. Ese precioso Ituren que amó tanto y donde tanto trabajó y disfrutó.

En una de sus más bellas páginas, el “Preludio” de *Música Sembrada* (1980), evocaba el pueblo en este texto, alimentado por su alma musical; música que se vuelve muy emotiva y sugestiva pensando que está allá, en su reposo eterno, entre las montañas de Ituren:

“Música es el sordo rumor del mar enfurecido, el susurro del aire peinado por el bosque espeso, el martilleo, afelpado o vibrante, del aguacero que cae sobre las anchas hojas de la higuera... Me fascina oír llover de noche en Ituren. Cuando una tarde de verano algún vecino me dice, *gau ortotstuko du* (hoy va a tronar), es como si me anunciase una fiesta, un fantástico concierto nocturno de sonidos en estado puro; el bisbiseo del modesto río Ezcurra, el rumor manso de la lluvia que cae sobre las copas de los árboles y sobre las praderas, el retumbar inesperado del trueno en el valle...”.

Para concluir, no puedo evitar traer aquí el imponente texto de la segunda sinfonía de Mahler, “Resurrección”, que el Orfeón Donostiarra suele cantar escalofriante:

*Resucitarás, sí, resucitarás,  
ceniza mía, después de un corto reposo.  
Aquel que te llamó te dará vida inmortal  
¡Y de nuevo rebosarás!  
El Señor de la recolección pasa y nos reúne  
como haces, a nosotros que hemos muerto.  
Cree, alma mía, cree:  
¡nada has perdido!  
Ahora tienes lo que has deseado,  
lo que has querido, aquello por lo que has luchado.  
¡Oh, cree! Pues no has nacido en vano  
no has vivido y sufrido en vano.  
Lo que ha sido creado, debe perecer,  
lo que ha perecido, debe resucitar.  
¡Deja de temblar! ¡Prepárate!  
¡Prepárate a vivir!  
¡Oh, sufrimiento que todo lo invade!  
Oh, Muerte que todo lo destruye, he escapado a tu poder  
¡Ahora estás vencida!  
Con las alas que he conquistado  
en un ardiente deseo de amor, volaré  
hacia la luz que ninguna mirada jamás ha alcanzado  
¡Moriré para vivir!  
Resucitar, sí, vas a resucitar  
alma mía en un instante.  
¡Lo que has vencido te llevará a Dios!*

*Juan Antonio Garmendia Elósegui*

*A UN AMIGO ESPECIAL*

Si a José Ignacio Tellechea le asustó el encargo de prologar el libro de Miguel Pelay Orozco sobre el Orfeón Donostiarra (1897-1978), auténtica y entrañable crónica de la ahora centenaria entidad, a este coralista pasivo u oyente del coro, como él definía a los que no forman parte del mismo, le ha entrado vértigo al tratar de escribir unas líneas sobre la relación entre el Orfeón Donostiarra y el Académico, Catedrático, Conferenciante, Eclesiástico, Historiador e Investigador, autor de un centenar de libros y de más de un millar de artículos.

Desde que su gran amigo Juan Antonio Garmendia me hizo la sugerencia, he de decir que la misma se ha convertido en una auténtica pesadilla que me persigue y que me hace dudar de mi capacidad para transmitir esa relación vista desde dentro, entre el insigne historiador y el Orfeón, al que calificaba como un auténtico milagro.

Lo que pensaba José Ignacio Tellechea del Orfeón Donostiarra viene reflejado en esas tres ocasiones en las que su persona, pobre dice, se cruza con la larga historia gloriosa, como él mismo la define, de nuestra entidad, tres ocasiones en las que su magnífica pluma sirvió como vehículo para hacernos llegar, con esa personalidad propia de su afán por investigar, no exenta de sensibilidad y con ese don comunicador, que él poseía, el regalo que para los sentidos supone el gozo de leer su Preludio “La Música Sembrada”, prólogo a la obra del escritor Miguel Pelay Orozco, “ORFEÓN DONOSTIARRA, Su Historia - Bere Kondaira 1897-1978” —en justo reconocimiento, la Institución le nombró Socio de Honor—; el Prólogo de “Armonías sin Fronteras”, obra complemento de aquella en la que, de forma esquemática, se sintetizan los 25 años siguientes del ya centenario Orfeón; y entre ambos trabajos, su “Evocación de un Episodio del Orfeón”, dedicado a la entidad en su onomástica centenaria.

Cuando José Ignacio Tellechea pensaba en el *fenómeno coral vasco*, pensaba en el Orfeón Donostiarra, en su proyección nacional e internacional, en la transformación de su composición, que ha evolucionado de aquella estructura gremial a la actual, manteniendo el amateurismo, basado en una pura afición desinteresada al arte por el arte, como él la definía.

La realidad es que José Ignacio amaba y, al mismo tiempo, admiraba al Orfeón, al que se refería con entusiasmo cuando recordaba su participación en el clamoroso éxito alcanzado en la actuación del 12 de Marzo de 1976, en el Palais de Congrès de Paris, en la que se interpretó “Le Requiem de Berlioz”, bajo la dirección de Seiji Ozawa; de este encuentro hay constancia gráfica en la fototeca de nuestra sede.

El Orfeón era consciente de esta admiración; en el concierto de la celebración del 110 aniversario, tuvo un recuerdo cariñoso para su persona y, como no podía ser menos, le acompañó con sus voces en su funeral. HA SIDO UN HONOR TENERLO COMO AMIGO.

*José María Echarri Campo*  
 Presidente del Orfeón Donostiarra,  
 Socio Colectivo de la RSBAP

*DON JOSÉ IGNACIO: DE LOS LIBROS A LA AMISTAD*

No me corresponde a mí, por supuesto, volver a glosar ni la vida ni la obra de don José Ignacio: otros con más conocimientos y muchísima mayor autoridad lo han hecho y lo harán en este mismo trabajo en su memoria. A mí, y a tantos de sus amigos, sólo nos corresponde recordar trazos de su figura humana, entresacados de los ratos, muchos y largos, que tuvimos la suerte de estar con él, con todos en la librería.

El inicio de la relación de don José Ignacio con nuestra librería se remonta tanto en el tiempo que la memoria no nos lo muestra con claridad. Al poco de que aita la abriera —y ya hace cincuenta y tres años—, que él regresara de Roma y fuera profesor del Seminario, ya entregado a la investigación, venía con frecuencia, buscando lo que todo atraído por las cosas antiguas trata de encontrar en una librería de viejo. La relación era siempre con nuestro aita, que entonces y durante años, trataba con clientes y amigos: nosotros mirábamos, escuchábamos y aprendíamos. Se ha destacado muchas veces el hecho de que, en este “negocio” de los libros antiguos, raros y curiosos, la relación entre librero y clientes se convierte con más frecuencia que en otros establecimientos en amistad estrecha y duradera, porque se trata de una afición o, mejor, de una pasión compartida por el librero y un grupo siempre reducido —y cada vez, más— de gente, generalmente erudita y un tanto especial, que, inevitablemente, conduce a la confianza, al trato cordial y a una amistad de por vida.

Si tenemos claro que la puesta en marcha del Grupo Dr. Camino de Historia Donostiarra y, sobre todo, con la formación de su biblioteca, con base en la legada por don Serapio Múgica, hizo variar la situación y la frecuencia y profundidad de la relación, puesto que era preciso completar y poner al día la citada biblioteca, luchando siempre, como es habitual en estos casos, con presupuestos permanente y claramente insuficientes. También recordamos la ilusión con que aita, donostiarra hasta los tuétanos, acogió y trató este asunto con entusiasmo. Más aún, si cabe, cuando se publicó el primer volumen del “Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián”, revista que ya va por el volumen cuarenta y uno, y de la que don José Ignacio fue fundador y alma mater, no sólo con sus prólogos y artículos, sino cargando sobre sus espaldas con todo lo que supone la edición de una publicación periódica, desde recabar, recibir, leer y seleccionar los artículos, comunicarse con los autores y hacerles los comentarios pertinentes y hasta decidir el formato, la portada, las páginas y luchar con la imprenta para que las cosas se hiciesen a su gusto, en tiempo



Escaparate dedicado por la Librería Manterola a la obra de José Ignacio Tellechea.  
(Marzo 2008)

y manera. No puedo dejar de mencionar la tarea de Kutxa, entonces Caja de Ahorros Municipal, que patrocinó y patrocina en todos los sentidos la publicación de la revista, quizás la más querida de sus publicaciones.

Cuando murió aita y don José Ignacio marchó a Salamanca, las visitas se espaciaron, como es natural. Ahora la relación era con nosotros: para mi padre se trataba de un amigo más joven, sacerdote y cultísimo; para nosotros, un señor amable, cura y superculto. Pero lo cierto es que unos y otros nos sentíamos a gusto. A nosotros nos llenaba de satisfacción contar en la tienda con un personaje, a la vez tan importante y tan próximo, que se sentaba y desperdiciaba su valiosísimo tiempo de cháchara con nosotros. No puedo olvidar en este punto a otro cliente y amigo muy querido, don Julio Caro Baroja. Cada vez que venía a San Sebastián, la visita a Manterola era obligada y allí se pasaba las mañanas, husmeando libros, contándonos mil y una historias y ¡asómbrense!, tarareando alguna cancioncilla, siempre, eso sí, que estuviese solo.

Pero volvamos a nuestro propósito. Fue un golpe muy doloroso saber de la gravísima enfermedad que aquejó a don José Ignacio, allá por 1981. Cuando durante largo tiempo había estado al borde de la muerte, fue realmente gratificante verle entrar otra vez en nuestra librería, ya restablecido: era recuperar a un viejo amigo a quien ya dabas por perdido. Porque recuerdo muy bien que cuando entraba o sentía desde arriba su voz, grave, pero dulce, iba a saludarle y siempre me recibía con un “¿qué tal, José Antonio?”. Nunca llegué a saber por qué ni por qué ignotos vericuetos asociaba mi persona con ese nombre o cómo es la cara o la planta de los joseantonios. Después, charlábamos de sus trabajos, de lo que estaba haciendo, de lo que pensaba o quería hacer; de lo que hacía o pensaba hacer yo y terminábamos hablando de cualquier cosa que tuviera que ver con nuestra afición por la Historia, que ya me dirán si el tema no da para estar horas y horas dialogando, nunca discutiendo. Ahora que lo pienso, creo que no le oí nunca levantar la voz ni hablar acaloradamente. Otro gran amigo, aquel genio, irrepetido a la fecha en su campo, que fue Koldo Mitxelena tenía en nuestras charlas momentos, chispazos en los que alguno de sus demonios de la época le venían a las mientes y saltaba, se exaltaba, elevaba la voz, los ponía de chupa de domine y al poco se calmaba y retomaba nuestra conversación con absoluta normalidad. Nunca vi algo parecido en don José Ignacio.

Sus últimas visitas tuvieron que ver con nuestro cincuentenario y la publicación de uno de los libros que con tal motivo hicimos. A partir de un manuscrito que llevaba años en la biblioteca de casa, el “Manifiesto” de don Manuel Ignacio de Aguirre, acudí a él para comentar con él los muchos detalles que la edición conllevaba. Para entonces ya no se sentía bien y al final yo me encar-



gué hasta de la imprenta. El libro lo editó Kutxa como una de sus publicaciones, fue presentado en el Salón del Trono de la Diputación y el original lo donamos a la institución, “madre” de todos los guipuzcoanos, como se lee en los viejos impresos, aunque las palabras y los hechos han variado sustancialmente en la actualidad.

Sólo me queda expresar nuestro dolor por su pérdida y nuestro profundo agradecimiento por el vastísimo legado que suponen sus escritos, fruto de una vida intensa y admirable, entregada a la investigación. Reconocer, *hic et nunc*, el trabajo, el esfuerzo, el tesón, el gusto por el pasado, el descubrir y sacar a la luz todo el saber que encierran los libros, los manuscritos, los impresos antiguos y cualquier rastro del pasado, suena para muchos a locura de mente enfebrada, empezando por las autoridades de su y nuestra ciudad, que han ignorado por completo a un hijo tan ilustre.

*Juan José Arbelaz*  
Librería Manterola

### *IGNACIO EN MI RECUERDO*

Cuando aquella fatídica tarde del 8 de marzo recibí la llamada de Rosa Ayerbe los más sombríos augurios se confirmaron. Ignacio había fallecido. Tras meses en el hospital, con continuas euforias y recaídas, Ignacio se nos iba. Como en ocasiones anteriores, algunos pensábamos que sería capaz de sobrevivir a la enfermedad, pero finalmente aquella fue más fuerte que él... Le había llegado la hora de descansar eternamente. Por eso, desde esa llamada han sido muchos los recuerdos que me han venido a la memoria. Y recuerdos siempre gratos. Porque estar con Ignacio siempre era algo grato. Su amabilidad, su bonhomía, su sabiduría, su alegría a la hora de transmitir conocimiento, su capacidad de escucha... Como buen maestro y amigo que era, Ignacio sabía comunicar y comprender, algo que quienes le hemos tratado de cerca creo que siempre lo valoraremos enormemente.

Fue aproximadamente hace diez años cuando conocí a Ignacio. Por supuesto, lo conocía por haber leído algunos de sus trabajos y por sus intervenciones en las presentaciones de libros del Instituto Doctor Camino. Siempre me había impresionado su vasta cultura, pero su sencilla forma de

exponerla, como el hombre sabio que era. Yo acababa de terminar mi tesis doctoral y un día fui a hablar con él. Como se centraba en la ciudad de San Sebastián, supuse que le interesaría. En efecto, así fue. Me trató con la afabilidad que le caracterizaba y me comentó que, en cuanto la defendiera, regresara para publicarla. En septiembre la defendí, a continuación la retoqué y volví. En agosto del año siguiente salió el libro. A partir de ese momento los encuentros con Ignacio se multiplicaron, de manera que fue surgiendo entre nosotros una buena amistad. Alimentada fundamentalmente por el amor a la historia, aunque nuestros ámbitos de investigación fueran tan distintos, y por el compartir la misma calle, Usandizaga. Así es, porque el hecho de vivir en la misma calle hizo que nos encontráramos en numerosas ocasiones, intercambiáramos saludos e impresiones o entabláramos fructíferas y provechosas conversaciones. Bien en la misma acera, bien en las frecuentes visitas que le hice en su casa, bien en la oficina que tenía en la calle Ramón María Lili. En fin, siempre había un buen momento para pasar un buen rato con él.

Por eso, cuesta hacernos a la idea de su pérdida, a pesar del tiempo transcurrido desde su muerte. El hecho de no volverlo a ver paseando con su característico bastón entre las calles Usandizaga, Peña y Goñi y Zurriola. El hecho de no volver a entablar una animada conversación con él. El hecho de no volverlo a tener al lado en una próxima presentación de libro... Ausencias todas ellas importantes que tendremos que sobrellevar, alegrándonos en nuestro fuero interno de la suerte que hemos tenido al haber conocido a una persona irreplicable, a una persona de bondad infinita. A uno de los últimos humanistas en el sentido pleno de su significado. Aunque no quisiera terminar estas breves líneas sin hacer alusión a esa tan manida frase de que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer. En el caso de Ignacio también. Era su hermana María Ángeles, que hasta el final estuvo a su lado, atendiéndole y atendiéndonos...

*Carlos Larrinaga*

*FUNERAL DE D. JOSÉ IGNACIO TELLECHEA*  
(RM. 8,11-14; MT. 25, 14-16. 19-21)

**On Juan María, Gotzain txit agurgarria,**  
Hermanos Obispos de Bilbao y Vitoria  
**Apaiz lagunok.**

Muy queridos María Ángeles y Patxi Azpitarte, hermanos de José Ignacio;  
Familiares y amigos de José Ignacio, con mi especial saludo a cuantos habéis venido de otras diócesis;  
Hermanos todos muy amados.

**Senide maite-maiteok:**

*1. Ante todo quiero agradecer a nuestro querido Sr. Obispo, D. Juan María, la atención y delicadeza que me ha mostrado, al confiarme el encargo de dirigiros estas palabras, en razón de la particular relación que desde los ya lejanos años del Seminario de Vitoria y posteriormente en los cuatro años de estudio en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, mantuve con José Ignacio Tellechea. Codo con codo en las aulas de Vitoria y partícipes de la misma habitación en un Colegio Pontificio de Roma.*

Unos años en los que pude comprobar la enorme capacidad de trabajo y de estudio que habría de acompañarle a lo largo de toda su vida. Pocos días antes de su fallecimiento, José Ignacio seguía proyectando trabajos que tenía todavía por hacer, para completar una obra que nadie, tampoco él mismo, sabíamos cuándo habría de concluir.

Nosotros podemos decir hoy con verdad y también con amor: “Descansa en PAZ”, José Ignacio, que así los has merecido tras una vida que ni siquiera el dolor de la molesta enfermedad que arrastrabas contigo, pudo impedir que fuera sorprendentemente fecunda y desbordante.

**¡Mila esker ba, Gotzain Jauna!**

*2. Hitz gozoak entzun ditugu oraintxe irakurri dugun Ebanjelioaren zatian: “Jauna, bost talentu utzi zenizkidan; begira, beste bost irabazi ditut”. Eta Nagusiak esan zion: “Ederki, morroi zintzo eta leiala;... sar zaitetz zure nagusiaren pozetara”. Guztiok hartu ditugu gure bizitzan Aita den Jaunarengandik,*

*gure izaerari dagozkion dohainak, gure lanarekin onerako izan daitezzen, denon artean denonentzat, gizarte egokia eta paketsua sortu erazi dezagun. Gure sinis-  
menak adierazten digu, gure lan horiek Jainkoarengan izango dutela beren  
egiazko osotasuna. “Sar zaitetz Aitarenen egoitzan”.*

En esta celebración en la que vivimos la esperanza de que José Ignacio es acogido por el Padre en un abrazo de inagotable felicidad, nuestra oración quiere ser la expresión de una amorosa acción de gracias por la vida gastada al servicio de una vocación que da a la propia existencia su pleno sentido. La vida de las personas adquiere así una grandeza que trasciende las medidas puramente humanas de lo grande y de lo pequeño, lo mucho o lo poco lo brillante y lo desconocido. Lo importante es la acogida que cada uno hace al proyecto de Dios sobre sí mismo, en el esfuerzo común por hacer una sociedad pacífica y fraternal.

No podemos desaprovechar la oportunidad de vivirla y gastarla en un tiempo que pasa más o menos agradablemente, desde la perspectiva única de la propia satisfacción, intereses o éxitos fugaces. Hemos de tratar de llenarla con la fuerza de un amor que alcanzará su plenitud en el encuentro de los humanos en el Reino de Dios. Yo estoy seguro de que José Ignacio no fue un mero profesional de los estudios de la Historia. Yo lo veía trabajar a gusto y disfrutar con el fruto de su trabajo. No solamente por la satisfacción que produce la obra bien hecha, sino por la percepción de que era así como tenía que servir a la Iglesia y también a la sociedad, mediante el descubrimiento y la manifestación de la verdad histórica que, también ella, ha de ayudar a crear la auténtica fraternidad.

*3. Egia da Aitarenganako bidea maiz gogorra gertatzen zaigula, arantzaz eta eztenez bete, batez ere azkeneko orduan, heriotza begi aurrean dugularik. Gogorra hiltorian aurkitzen denarentzat, baita bere senide eta lagunentzat ere. Gure kristau sinesmenak ez du heriotzaren samina kentzen, baina bai leuntzen eta arintzen. Maitasunak badu zer eginik une horietan. Senideen maitasuna, baita kristau elkartearen laguntza ere. Maitasun horrek sinesmenaren argia sortarazi dezake: Jesus Jauna piztu bazen, berarengan sinesten dugunok ere, Harekin piztuko garela aitortzen dugu, sinesmenarengandik sortutako aitormen itxaropentsuaz. Hori da guk ere orain bizi nahi duguna.*

La plenitud de la vida alcanzada desde la apertura a la vocación y a los planes de Dios sobre cada uno de nosotros, no elimina el dolor producido por el choque con la muerte, que es inevitable para todo ser humano. A esa realidad ha de hacer frente quien quiera asumir su propia vida en su íntegra totali-



Iglesia parroquial de Ituren

dad. Sin que sea respuesta suficiente cerrar los ojos y darle la espalda, como a algo plenamente natural. Ya que no por ser natural deja de plantearnos la dureza de esa misma “naturalidad”. Ante ella los cristianos, los que creemos en el Jesús Resucitado, queremos creer y creemos que “el Espíritu de Aquél que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en nosotros”, y que Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, dará también vida a nuestros cuerpos mortales por su mismo Espíritu que habita en nosotros.

En la muerte tropezamos con la dureza amarga de la corrupción de nuestro cuerpo que se deshace y también con la oscuridad ante algo que nos trasciende y se nos escapa. Pero no es menos verdadero que el amor que rodea al que nos deja y a quienes sufren por su partida, puede convertirse en un rayo de luz que anuncia el amor del Padre que a él y a quienes sufrimos por su despedida, se anuncia como manifestación de una esperanza que no puede fallar. El Espíritu es amor, es luz, es esperanza. Es éste el mensaje que nosotros mismos queremos transmitirnos en esta Iglesia que, si algo ha de ser, no puede ser

otra cosa que la expresión visible del amor del Dios que es el Padre de todos nosotros.

Que descanse en Paz José Ignacio y que todos nosotros sintamos ese impulso del Espíritu, que ya desde ahora ha depositado en nosotros el germen de la vida que será para siempre.

**¡José Ignacio, senide, lagun, irakasle, izan dezazula betiko atsedena!**

*José M<sup>a</sup> Setién*  
Obispo emérito de San Sebastián